

CARLOS SANTOS

Antes de nada, una confesión de parte: soy periodista. En mi descargo diré que el periodismo en el que creo no consiste en poner adjetivos al buen tuntún ni en derribar gobiernos ni en destituir entrenadores, aunque de este trabajo se pueda derivar la caída de algún gobierno o algún entrenador. El periodismo en el que creo tampoco tiene que ver con el llamado “nuevo periodismo”, si como tal se entiende modificar la realidad, endulzarla o dramatizarla para hacerla más digestiva. Entiendo el periodismo como el oficio de contar la realidad y de ayudar a entenderla; el oficio de contar historias y en dar claves, elementos de juicio, para que cada cual configure su propio punto de vista. En consecuencia, voy a contar una historia. Una historia real. Una historia con minúsculas que quizá pueda aportar algo al conocimiento de la Historia con mayúsculas.

Esta historia comienza para mí una tarde de agosto del año 2000. Había viajado a Guatemala para visitar a mi tío Luis, el misionero. Tenía ciertas dudas sobre la vida de mi tío, que en 1961 se había ido a trabajar a la región del Quiché: ¿Seguirá diciendo misa? ¿Tendrá una doble vida? ¿Habrà fundado una familia? ¿Habrà sido guerrillero? Las dudas, en fin, que podía tener cualquiera con un tío misionero en América Central, en la segunda mitad del siglo XX. El morbo duró poco. Mi tío seguía ejerciendo como sacerdote, naturalmente célibe, y seguía haciendo los trabajos propios de su condición. Y no, no había sido guerrillero. Lo que sí había sido y seguía siendo era un guerrero: un guerrero de la palabra y de la acción social que a lo largo de cuarenta años había pasado por muchas muy situaciones difíciles y había hecho cosas extraordinarias. Una de ellas, la fundación de Santa Maria Tzejá, una aldea situada en lo mas hondo de la selva de Ixcán, a muchas horas de camino de la ciudad más cercana y a unos veinte kilómetros de la frontera con México.

En aquella aldea estábamos esa tarde de agosto, junto a un difuso montón de piedras comidas por la maleza, por el agua y por el tiempo, que al principio confundí con una ruina maya. No. No era una ruina maya. Ni siquiera eran piedras. *“Es cemento aquí, lo llaman “concreto” -me explicó mi tío-. Son los cimientos de la única casa que he tenido en mi vida. Aquí vivíamos diez personas que trabajábamos al servicio de esta comunidad: el enfermero, el perito agrícola, los maestros.... Lo que más siento no es que el ejército quemara mi casa, como quemó la capilla, el almacén de la cooperativa; como quemó todas y cada una de las casas del pueblo y todas y cada una de las casas de los pueblos vecinos, de todas las comarcas vecinas y de todos los departamentos colindantes. Lo que más siento es que de las diez personas que vivíamos en esta casa solo quedamos tres y uno, encima, es oreja del ejército...”*

Apareció entonces Candelario Quinilla, uno de los campesinos fundadores de la aldea. Un quiché de edad indefinida. Once hijos, innumerables nietos, catorce años de guerra a sus espaldas. Empezaron a hablar, a contar historias donde se mezclaban las esperanzas del presente con los horrores del pasado. La épica se

¹ Conferencia Inaugural del Curso de Verano de la Universitat de la Pau. Sant Cugat, 12 de Julio de 2007

fundía con la lírica, la esperanza con la tragedia, el vértigo de la aventura con la tristeza del drama. Alguna de las historias estaba aderezada por el realismo mágico - muertos que resucitaban, serpientes que no mordían, perros que no ladraban- y en casi todas había unos elementos aventureros muy sugestivos. Un filón, en fin, para un periodista curioso. Esa misma tarde propuse a Luis que escribiera sus memorias. Me dijo que ni hablar; que él tenía cosas más importantes que hacer en este mundo. Le pedí permiso para escribir yo mismo su vida. Me negó ese permiso; no le hacía gracia convertirse en protagonista de nada. “Pendejadas”. Pero unos meses después, aprovechando un viaje suyo a España, lo secuestre, lo encerré en mi casa y lo seduje con aquellos productos que no tiene en Guatemala. Allí tiene todo lo que necesita: un catre para dormir y un grupo de personas con las que pelear por un mundo mejor. Lo que no tiene allí es un buen Rioja, un buen cava, un aceite arbequino de Siurana. Ni un sobrino amante de la cuchara que se defiende en los fogones y que cada día lo sorprendía con un guiso diferente. A golpe de cuchara, de sacacorchos y de preguntas conseguí que me contara su vida. Grabamos medio centenar de cintas: los cimientos, la base documental sobre la que en los años siguientes, con otros documentos y otros testimonios, fui reconstruyendo su vida y, de paso, el drama reciente y poco conocido de los mayas guatemaltecos.

Tal y como imaginaba, era una vida llena de emociones y aventuras. Pero había mucho más. Luis es el arquetipo de aquellos sacerdotes europeos que en los años sesenta viajaron a América “para luchar contra el comunismo” y a las pocas semanas, a los pocos meses, cambiaron de bando. No se convirtieron en comunistas pero, sobrecogidos por la realidad, por la terrible desigualdad existente en esos países, se convirtieron en aguerridos activistas sociales. La evolución de estos misioneros es de enorme interés moral, político y literario. Javier Reverte viajó a América, hace veinte años, para buscar la materia prima que le permitiera escribir una novela sobre esos misioneros, esas personas que llegaban a América con unas ideas y a los pocos meses se convertían en otras. Javier se tuvo que inventar al protagonista. A mí no me hizo falta: lo tenía en casa y, a diferencia de otros compañeros suyos de congregación, Misioneros del Sagrado Corazón, había vivido para contarlo. No es el caso de José María Gran, catalán de Barcelona; de Andrés Lanz, vasco; de Faustino Villanueva, navarro; de Juan Alonso, asturiano; o el de Carlos Pérez, jesuita de Burgos. Cada cual tenía sus ideas, sus inclinaciones políticas. Alguno estaba próximo a la guerrilla, alguno simpatizaba con los militares. Todos ellos fueron asesinados por los soldados. El ejército guatemalteco no quería testigos incómodos ni quería sacerdotes que animaran a los mayas a defender su vida y su dignidad.

Una guerra sin prisioneros

Yo todo eso no lo sabía cuando empecé a hacer este trabajo. Yo no sabía nada, o sabía muy poco, de la tragedia del pueblo de Guatemala, de la desigual guerra civil que vivió este país entre los años 60 y los años 90 ni de las terribles secuelas de esa guerra. No sabía que el incumplimiento de los acuerdos de paz firmados en 1996 prolongaría por tiempo indefinido el sufrimiento de los guatemaltecos. Pero a medida que iba reconstruyendo la peripecia de Luis Gurriarán iba llenando una laguna cultural. Como cualquier español medio tenía cierta información sobre América Latina. Conocía las atrocidades de Pinochet, las de Videla. Conocía los nombres de las mujeres de Perón, en Argentina, los de los amigos de Felipe González en

Venezuela, los de los narcotraficantes colombianos: *Tirofijo*, Escobar... Seguía paso a paso las idas y venidas de Fidel Castro en Cuba. Sabía quién era el *Comandante Cero* y el *Subcomandante Marcos*, igual que hoy sabemos todos quien es Evo, quien es Lula y quien es Chávez... Pero yo no sabía que los guatemaltecos se habían pasado 35 años en guerra. No sabía que 250.000 personas, en su mayoría indígenas mayas, habían muerto en esos años, víctimas de las dictaduras militares y de sus escuadrones de la muerte.

Tampoco sabía que en aquella guerra nunca declarada el ejército regular había tenido uno de los comportamientos más terribles del siglo XX. No sabía que los soldados actuaban con una crueldad medieval, quizá prehistórica, que admite pocas comparaciones en el mundo contemporáneo. Los expertos militares equiparan su comportamiento con el de Hitler, en la Alemania Nazi o el de los jémeres rojos de Pol Pot, en el otro extremo del plantea y del arco ideológico. El problema no es que esos militares y sus escuadrones de la muerte mataran a 250.000 personas Es cómo las mataban. Sus métodos, documentados por la Conferencia Episcopal de Guatemala y por la ONU, estremecen a cualquier persona de mediana sensibilidad.

Un ejemplo: las violaciones. En esta guerra las violaciones no eran delitos individuales cometidos por soldados a título particular. Eran despliegues tácticos perfectamente planificados y dirigidos, en los que un grupo de soldados ultrajaba en público a un grupo de mujeres, en una especie de espectáculo al que obligatoriamente asistían los maridos, los padres o los hijos de las violadas. Otro ejemplo: los niños. En las fosas comunes que se están exhumando actualmente se está descubriendo que un porcentaje muy elevado de cadáveres, en torno al 30 por ciento, son de niños. Niños que quizá no figuraban en ningún censo, en ninguna relación de desaparecidos. Niños de los que quizá nunca sepamos los nombres. Pero sí sabemos cómo los mataban: a pedradas, tirándolos contra los árboles, contra el suelo, o pinchándolos con las bayonetas. No era un capricho, era una orden: “*Con los patojos no hay que gastar munición*”.

En esa guerra, el ejército no hacía prisioneros: al enemigo lo mataba, sin más. Lo ha constatado en su documentado libro el coronel Prudencio García, consultor de la ONU². Y es conocida la historia de cuatro periodistas que estaban con el general Lucas, por unos años presidente del gobierno, cuando entró en el despacho un oficial:

-Novedades en Río Negro, Presidente. Enfrentamiento entre una patrulla militar y un grupo de forajidos guerrilleros. Se ha saldado con cuatro delincuentes prisioneros.

- ¿Y desde cuando el ejercito de Guatemala hace prisioneros, teniente?

El teniente sale del despacho y regresa al cabo de unos minutos.

- Novedades en Río Negro, presidente. Enfrentamiento de una patrulla de soldados con un grupo de delincuentes. Se ha saldado con cuatro bajas enemigas.

² GARCIA, Prudencio: El genocidio de Guatemala a la luz de la sociología militar, Madrid, 2005, E Sepha

Lo peor, lo más terrible de esa actuación militar es la utilización del miedo como arma. “La felicidad es la ausencia de miedos”, dicen los científicos cuando les preguntan por esta cuestión, que en los últimos años ha generado docenas de ensayos. Esos militares y sus escuadrones de la muerte pretendían deliberadamente atacar las raíces de la felicidad, de la dignidad humana. Actuaban, pues, como verdaderos terroristas. El terrorista no odia a su víctima, no mata por odio: mata para sembrar el terror, para provocar un efecto entre los supervivientes, que de ese modo también se convierten en víctimas. Con la muerte violenta de una o varias personas pretenden crear un efecto sobre las demás. En el caso de los militares guatemaltecos pretendía dejar paralizados, humillados, clavados al suelo, presos del miedo, sometidos, a los campesinos mayas supervivientes.

Yo no podía sospechar todo esto. Y no podía imaginar que estos hechos iban a propiciar la actuación más importante que ha emprendido nunca la Justicia española. En este preciso instante el juez Santiago Pedraz, titular del juzgado central Número 1 de la Audiencia Nacional está intentando poner en el lugar que les corresponde a los responsables de esas 250.000 muertes. Por primera vez en su historia la Justicia española, en su dimensión de justicia universal, intenta una empresa de tanta envergadura. Atrás queda un largo forcejeo jurídico. Comenzó en 1999, cuando la Fundación Rigoberta Menchú llevo este caso a la Audiencia Nacional. Terminó en 2005, cuando el Tribunal Constitucional dictaminó la plena competencia de la Justicia española para investigar y juzgar los crímenes de genocidio y contra la Humanidad cometidos fuera de España, independientemente de que las víctimas sean españolas o no.

En junio de 2006, Pedraz viajó a Guatemala para interrogar a los acusados, que eludieron el interrogatorio mediante recursos ante unas instituciones donde todavía tienen muchos “agarraderos”. El 7 de julio, el Juzgado Central nº 1 de la Audiencia Nacional dictó una orden internacional de arresto contra siete altos cargos, civiles y militares, acusados de “*terrorismo, torturas, delitos contra la integridad moral, asesinato, detención ilegal, incendio y allanamiento de oficina pública*”. Como resultado de esa orden fueron detenidos en noviembre dos de los encausados, que permanecen en dependencias penitenciarias guatemaltecas. Aunque los diarios dieron mayor relevancia a la detención de Isabelita Martínez de Perón, por una desaparición acaecida en 1976, el Consejo de Ministros del 22 de diciembre de 2006 adoptó un acuerdo histórico: “*Acuerdo por el que se solicita a las autoridades de Guatemala la extradición de Ángel Aníbal Guevara Rodríguez; Benedicto Lucas García; Donald Álvarez Ruiz; Germán Chupina Barahona; Pedro García Arredondo; José Efraín Ríos Montt y Humberto Mejía Víctores por delitos de terrorismo, torturas, delitos contra la integridad moral, asesinato, detención ilegal, incendio y allanamiento de oficina pública*”. No consta que dicha solicitud haya sido atendida.

Hace muy pocas semanas, el 30 de Mayo de 2007, la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados aprobó una resolución en defensa del proceso de paz y el desarrollo democrático de Guatemala. El parlamento español pide al Gobierno que colabore “*con todos los medios a su alcance*” para esclarecer las violaciones de los Derechos Humanos y para lograr que los responsables de esos actos sean conducidos ante la Justicia. En una Proposición no de Ley aprobada por unanimidad, se pide al Gobierno que apoye a las autoridades guatemaltecas en la adopción de “*medidas concretas*” para promover “*la lucha contra la impunidad y*

facilitar el trabajo de los tribunales de Justicia". La resolución, de la que no dio cuenta la prensa española –ocupada con ETA, Navarra, el *Estatut* y sus demás asuntos cotidianos- ha sido recibida con satisfacción por las personas, grupos e instituciones que en Guatemala defienden la verdad y la justicia. Desde ese día cuentan con un instrumento más en su defensa de los valores democráticos. Según hizo constar el diputado que la presentó, Juan Moscoso, la resolución está motivada por el libro *Guatemala. El Silencio del Gallo*³, del que soy autor, y por el testimonio de Luis Gurriarán, que se recoge en ese libro.

“Cansado de predicar a estómagos vacíos”

Luis Gurriarán llegó a Guatemala en 1961, cinco años después de que terminara el único periodo democrático que había vivido el país⁴. Había nacido en O Barco de Valdeorras, en Orense, había pasado por el seminario de Valladolid y el de Logroño y había dado clases en los colegios Tecla Sala, de L` Hospitales, y San Miguel, de Barcelona. Tenía 28 años y sus ideas eran las ideas propias de una época donde en las escuelas se rezaba por la conversión de Rusia, las monedas decían que Franco era *“Caudillo de España por la gracia de Dios”* y los párrocos recomendaban la resignación cristiana frente a las desgracias de este mundo: *“hemos venido al mudo a sufrir, la vida es una calle de lagrimas... pero no se preocupen ustedes que ya vendrá luego la salvación eterna”*

Luis tardó solo unos meses en ver el mundo y la religión de otra manera. Y en ver donde estaba el verdadero peligro. El peligro de América Latina no era el comunismo. El peligro era la desigualdad. *“América –ha escrito Durán i LLeida - no es el continente de la pobreza: es el continente de la desigualdad”*. Fue la contemplación de esa desigualdad y de sus causas visibles lo que provocó el cambio de mentalidad en aquellos sacerdotes. La hiriente división social de una región del mundo donde unos pocos tenían muchísimo y muchísimos no tenían nada, absolutamente nada. Si acaso, cuatro paredes de adobe, un techo de palma, un suelo de tierra donde dormía hacinada toda la familia, una olla para cocer el fríjol y una sartén para asar las tortillas de maíz. No todos y no siempre disponían de maíz y de fríjol para utilizar esos utensilios.

Esas familias malvivían con lo que ganaban, durante unos meses al año, en las grandes fincas de la costa, de algodón, de azúcar o de café. Trabajan de sol a sol. Las madres, con los bebes colgados de la espalda. Padres y madres compartiendo con esos niños la mísera ración de comida que les daban. Vivían como esclavos. El mecanismo de contratación era infernal, una condena de por vida: el contratista o habilitador prestaba un dinero y luego cobraba el transporte, la manutención o los gastos sanitarios. Con lo que ganaba en las fincas la familia entera (hombres, mujeres, niños y abuelos) a duras penas podían pagar esa deuda. Volvían a sus casas con ocho o diez meses por delante en los que no tendrían ningún ingreso, mas endeudados que antes, más pobres que antes y mas enfermos

³ SANTOS, Carlos: *Guatemala, el Silencio del Gallo*, Barcelona, 2007, Editorial Debate

⁴ Ese periodo, entre 1944 y 1954, con gobiernos presididos por Arévalo y Árbenz, terminó mediante un golpe de Estado organizado por la Cia y por la United Fruit Company. El anuncio de una tímida reforma agraria fue suficiente para abortar el sueño democrático. Eisenhower, que tenía a Guatemala como campo de operaciones de la Guerra Fría, felicitó al director de la CIA por *“erradicar una cabeza de playa soviética”* en Centroamérica

que antes... porque las fincas, encima, estaban en zonas de clima tropical y ellos estaban acostumbrados al clima más amable del Altiplano.

Los trataban como animales, en el sentido literal de la palabra. Como insectos. Cuando el patrón decidía fumigar lo hacía desde avionetas... con todos los mozos dentro. Esas avionetas arrojaban un producto, el DDT, que estaba prohibido en Estados Unidos, por sus efectos nocivos para la salud, pero seguía saliendo de las fábricas de EEUU rumbo a otros países, como Guatemala. (Ironía trágica: EEUU llegó a impedir la importación de carne guatemalteca porque estaba contaminada con el DDT que EEUU vendía a Guatemala). Algunos de esos campesinos tuvieron que enterrar a sus hijo al lado de las galeras donde dormían sin tiempo siquiera para llorar.

Se entiende que once después de llegar a Guatemala Luis escribiera a su hermana, mi madre, citando a Juan XXIII: "*Estoy cansado de predicar a estómagos vacíos*". Y se entiende que enseguida empezara a hacer todo lo que estaba en su mano para intentar remediar esa situación. Para empezar, cooperativas. Las cooperativas se ajustaban a la Doctrina Social de la Iglesia y a la manera de ser de los mayas, gente con un hondo sentido de lo comunitario. Lo malo es que las de consumo le quitaban negocio a los comerciantes de la poderosa minoría *ladina* y las de ahorro y crédito, que funcionaban como bancos populares, quitaban negocio a los habilitadores, que enseguida movieron influencias. Empezaron las amenazas, las explícitas amenazas de los escuadrones de la muerte Y llegaron las primeas expulsiones. Y los primeros exilios.

A la vuelta de uno de estos exilios empieza uno de los periodos más esperanzadores de esta historia. Cien familias mayas encabezadas por un misionero gallego se adentran en la selva virgen de Ixcán a la búsqueda de una tierra de promisión. La idea era simple: entrar en la selva, donde nunca entraba nadie, botar unos cuantos árboles, levantar una aldea y empezar a trabajar la tierra. El de Santa Maria Tzejá fue de los primeros y de los que mejor funcionaban. Pero hubo otros muchos proyectos similares, auspiciados siempre por gente de Iglesia.

La actuación de la Iglesia Católica de Guatemala en este periodo histórico es merecedora del máximo reconocimiento. Siempre en defensa de los más débiles, siempre intentando preservar su dignidad y siempre, en los años de la violencia, en primera fila en al defensa de los derechos humanos y en la denuncia de las atrocidades del ejercito y sus escuadrones de la muerte. En Guatemala no hubo teólogos de la Liberación: aquellos religiosos no escribieron ensayos, folletos o discursos. No tenían tiempo. Pero desde el primer obispo hasta el último catequista, pasando por todos los curas diocesanos, misioneros y monjas, todos hacían piña con los más pobres, a quienes consideraban los sujetos naturales del evangelio. No conocían la Teología de la Liberación pero tampoco predicaban la vigente teología de la Resignación. El modelo de Iglesia Católica de Guatemala es tan interesante como poco conocido. Nunca en la historia reciente los predicadores del más allá han estado tan cerca del más acá. Muchos de ellos lo pagaron con su muerte. El caso más notable es el de Juan Gerardi, Obispo del Quiché. Promovió un detallado informe sobre la guerra, las víctimas y las atrocidades del Ejército. En mayo de 1998, dos días después de que anunciara el fin de ese informe, en la catedral de Guatemala, lo asesinaron a la puerta de su casa.

El agua y el pez

Aquellas familias mayas que entraron en la selva vivieron unos años de trabajo y esperanza. Pero la esperanza duró poco. Aquellas tierras, que hasta la víspera no valían nada, empezaron a valer mucho. Llegaron las petroleras, buscando petróleo. Llegaron los mandos militares, quedándose con las tierras colindantes a medida que avanzaba la carretera. Llegaron los funcionarios, cortándole las alas a los campesinos. Llegó la guerrilla y llegaron, en fin, los soldados. A finales de los años setenta la recóndita selva de Ixcán se convirtió en campo de batalla. El ejército y sus escuadrones de la muerte, que habían empezado con represión selectiva (uno día mataban a un periodista o a un político, otro a unos sindicalistas, profesores, unos catequistas...) pasaron a la represión masiva.

Entre 1978 y 1983 el alto mando puso en práctica la estrategia de la Tierra Arrasada. *“Hay que quitarle el agua el pez”*, decían los generales. El pez era la guerrilla, el agua, la población maya. Aquellos enloquecidos estrategas pensaban que eliminando a la población civil terminarían con la guerrilla. Y empezaron a exterminar comunidades, mas de seiscientas, y a cometer sus crímenes más horribles. Los supervivientes solo tenían tres opciones: marcharse a los arrabales de la capital o al refugio de México (allí fueron a parar unos 200.000); quedarse militarizados en sus aldeas (las famosas *“Aldeas Modelo”* de Ríos Montt, que con un piquete de soldados y altas dosis de terror convertía cada pueblo en un pequeño campo de concentración); o vivir errantes por el monte, *“debajo de la montaña”*...

Luis pasó un tiempo con esas comunidades errantes, las llamadas CPR, Comunidades de Población en Resistencia. Antes, con otros religiosos, fundó en Nicaragua la Iglesia de Guatemala en el Exilio y consiguió, con un pequeño grupo de exiliados, una condena de las Naciones Unidas al régimen de Ríos Montt (en ese grupo estaba una niña, Rigoberta, hija don Vicente Menchú, un catequista católico que había muerto en 1980 en el asalto de la policía militar a la Embajada de España). Pero harto del traje y la corbata, decidió entrar clandestinamente en Guatemala, donde pasó dos años, los que aguantó su salud, con la población en resistencia. Grupos de familias mayas que vivían en la selva, en singular simbiosis con la guerrilla y en permanente huida de los aviones, que dos o tres veces por semana descargaban sus bombas, y de los helicópteros, que a diario barrían la selva con sus metralletas... Buscaban guerrilleros pero mataban, sobre todo, campesinos.

La vida de esos campesinos transcurría literalmente a la sombra, empapados (en la selva húmeda siempre hay agua, incluso cuando no llueve) y con estrictas medidas de seguridad. No podían hacer fuego de día, no podían dejar una camisa secándose al sol, los niños no podían llorar, a los perros tuvieron que matarlos... Tenían algunas gallinas y con las gallinas algunos gallos. *“¿Por qué no cantan esos gallos?”* Preguntó Luis. *“Vera, padrecito, le hacemos un agujerito en el pescuezo, les colocamos una lazadita y ya está, no cantan”*. El silencio de aquellos gallos se convirtió para él, y para mí, en el símbolo del drama de los guatemaltecos: en una sociedad como la actual donde lo que no se cuenta no existe, a los condenados a muerte les imponían esa condena accesoria, esa muerte civil que es el silencio.

No es casualidad que el silencio de esos gallos saltara al título de mi libro. Junto con la peripecia del misionero y el drama colectivo de los mayas guatemaltecos ese libro lleva entreverado un ensayo sobre el silencio. ¿Por qué sabíamos un poco de Argentina, otro poco de Chile, de Venezuela, de Colombia... y no sabíamos que Guatemala ha vivido la guerra más cruenta del siglo XX? Algunas de las razones son obvias. Guatemala no tiene el interés estratégico de Cuba, no ha tenido dictaduras unipersonales y duraderas como las de Argentina, no ha tenido dinosaurios con gorra de plato como Chile o Nicaragua. Guatemala no tiene productos, como el petróleo o la cocaína, que dan trascendencia universal a cuanto acontece en Venezuela o Colombia, no es frontera con Estados Unidos, como México, y los guatemaltecos no tienen apellidos de origen europeo como los argentinos, descendientes de procesos migratorios recientes.

Pero de todos los elementos, uno sobresale sobre los demás: la mayor parte de las víctimas son indígenas mayas, son indios, "inditos", como los llaman despectivamente las minorías blancas y mestizas del país: son, de Colón a esta parte, personas de segunda división. No tienen abuelas con apellidos italianos que puedan protestar en una plaza pública, no tienen escritores ni cantantes de fama universal, no han tenido nunca poder alguno (el primer alcalde lo tuvieron en los años setenta y los primeros diputados, muy pocos, en fechas más recientes) y no saben lo que es vivir en una democracia consolidada, con igualdad de derechos para todos. Muchos de ellos ni siquiera aparecen en los censos. Les pasa, salvando las distancias, como a los africanos que mueren en alta mar buscando la tierra de promisión de nuestras costas. Si mil mueren en alta mar, a nosotros lo que nos preocupan son los quince que llegan no los mil que mueren.

Ese silencio tiene, en fin, una componente racista y clasista que aun hoy se debe tener en cuenta para analizar el presente y afrontar el futuro de Guatemala. Los Acuerdos de Paz han permitido algún avance pero los problemas de origen no se han superado. Esos acuerdos estaban bien diseñados -con ayuda de gobiernos como el español- y tenían como objetivo reconstruir, con toda suerte de reformas legales y constitucionales, los cimientos democráticos del país. Pero no se han cumplido. Quizá porque no se puede construir la paz y la democracia si no es sobre la base de la Verdad, la Justicia y la Reparación. Y eso es muy difícil de conseguir cuando los resortes del poder siguen en las mismas manos y las estructuras del Estado son las mismas. Guatemala todavía sufre las terribles desigualdades que propiciaron la guerra. Los guatemaltecos saldrán del hoyo histórico cuando encuentren el camino de una democracia sólida, pero la duda, hoy, es si podrán hacerlo solos.

Desde luego, de poco sirven unos acuerdos de paz si perviven las causas de la guerra: la desigualdad, el autoritarismo, la corrupción, la marginación de la mayoría indígena (los efectos de las nuevas leyes contra la discriminación han sido mínimos; de 600 denuncias que entran en los tribunales solo 3 llegan a la fase final del proceso); las dificultades de esa mayoría para acceder a la Educación, a la Sanidad, al Empleo o a la propiedad de la tierra; la falta de juego político (en toda la historia de Guatemala la izquierda solo ha gobernado diez años); la ausencia de un sistema de relaciones laborales, un sistema fiscal o unos servicios sociales eficaces... De poco sirven los acuerdos de paz si no hay cambios estructurales. De poco sirven si los criminales de guerra siguen con mando en plaza y las instituciones

están en las mismas manos de siempre: sectores de la oligarquía y del Ejército que eran contrarios al proceso de paz y han hecho lo que han podido para dificultar su desarrollo. Y de poco sirve, en fin, si quienes practicaban la violencia practican ahora otras fórmulas de violencia...

Ni Alvaro Arzú, ni Antonio Alfonso Portillo ni Oscar Berger han conseguido como presidentes que el país supere la situación de "injusticia social" que aun hoy denuncian los obispos o la "democracia frágil e imperfecta" que describe la activa Fundación Mack. Quienes sufrieron la guerra sufren ahora la negligencia de unos gobernantes que no han sido siquiera capaces de aplicar los acuerdos de paz. Once años después de la firma, parece evidente: la verdadera paz no llegará nunca si no llega la Justicia, si no se reconoce la Verdad, si no se procede a la Reparación. Por eso es necesaria la ayuda exterior. Por eso esa ayuda debe ser política, cívica, encaminada a facilitar el desarrollo democrático y el trabajo de la Justicia.

“¿Y qué podemos hacer?”

En los últimos meses, docenas de personas me lo han preguntado: ¿Y qué podemos hacer?”. Una amiga periodista, que acaba de regresar de Guatemala –Amalia Sánchez Sanpedro, que conoce más de cien países y tiene una experiencia internacional mucho más rica que la mía - me lo decía ayer mismo: “¿Qué podemos hacer? ¡El país está hecho un desastre!”. El incumplimiento de los acuerdos de paz ha generado nuevas y terribles formas de violencia, como la generada en torno a las *maras* o la que tiene como víctima a la mujer, que a mi amiga la ha dejado espantada. Quien fue víctima principal de la guerra (las guerras las hacen los hombres, pero la sufren las mujeres) es ahora víctima principal de una paz mal construida.

¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer desde fuera? Muchas personas de buena voluntad me preguntan si pueden ayudar económicamente. Yo les digo que un valor seguro son los proyectos de educación. Al hacer este trabajo he descubierto la importancia del conocimiento como arma de futuro, incluso para aquellos que ya han probado otras armas, con desigual fortuna. Luis Gurriarán, que ha dedicado su vida a esta causa emplea ahora su tiempo en los proyectos de Educación y los proyectos de Desarrollo, por este orden.

Otra cosa que podemos hacer es comprometernos con la defensa y difusión de los valores democráticos. En nuestro país no valoramos bien lo que tenemos. Ignoramos que, pese a las deficiencias que vemos a diario, estamos entre los primeros países de la tierra en libertad, en derechos, en seguridad jurídica y en el funcionamiento de las instituciones democráticas. España no es sólo una potencia económica *-la octava del mundo*, como presumen Rajoy y ZP- es una potencia democrática y eso es más importante que las tasas de inflación o el PIB. Más allá de las miserias políticas cotidianas deberíamos conocer mejor y defender mejor nuestros valores: la libertad, la tolerancia, el imperio de la ley... Debemos creer más en nuestros valores y debemos defenderlos con más entusiasmo, en nuestra vida cotidiana. En nuestra redacción. En nuestra oficina. En nuestra universidad.

Nos pasamos la vida –sobre todo los políticos y los periodistas- , nadando en la espuma, ahogándonos en vasos de agua. La pelea partidista cotidiana nos hace

olvidar que la democracia es mucho más que una disputa entre partidos. Yo no abomino de este sistema; creo, como ustedes, que el menos malo de los que existen. Pero me preocupa que a diario nos ahogemos en la superficie. La democracia es mucho más que eso y si los políticos, entretenidos en su legítima pelea por el poder, lo olvidan, somos nosotros, los ciudadanos, quienes debemos recordárselo: la alternativa a una democracia deficiente no son los *salvapatrias* ni los experimentos extra-democráticos: la alternativa a una democracia deficiente es una democracia eficiente.

Ejemplo: la Universitat de la Pau. Distintas personas, cada una con su opción política, que coinciden en sus convicciones cívicas. No hace falta ser de izquierdas ni de derechas para admirar a quienes entregan su vida por un mundo mejor. O para denostar a los *militares matañinos*. Todos amamos por igual la libertad, la dignidad de las personas, la justicia y la persecución de la verdad hasta donde nos alcance la memoria (los demócratas de ley no le tenemos miedo a la memoria; pensamos que para afrontar el futuro y analizar el presente hay que conocer primero el pasado). Y si el dolor y la muerte no aceptan fronteras, ¿por qué va tener fronteras la Justicia? La defensa sin matices de la Justicia Internacional es otra de las enseñanzas que he recibido al asomarme al abismo histórico de Guatemala.

Trabajos como los que lleva a cabo esta Fundación ayudan y animan –eso también cuenta- a quienes en países como Guatemala luchan por un mundo mejor, defendiendo la justicia, la verdad y la reparación. El caso de Luis Gurriarán, que ha entregado su vida a esta causa y la esta arriesgando con su testimonio. El caso del juez Pedraz, que esta haciendo un trabajo tan discreto como eficaz. El tantas y tantas organizaciones solidarias. No debemos dejarlos solos. No podemos dejar la defensa de estos valores democráticos en manos de personas aisladas: Un misionero, un juez, un periodista, una organización minoritaria. Son valores comunes, debemos defenderlos en todos los ámbitos y debemos exigir a las instituciones democráticas que los defiendan. La Justicia, la libertad, la dignidad de las personas son productos democráticos de alta calidad. Ya es hora de que defendamos esos valores e incluso los exportemos, como han hecho siempre los países escandinavos. “*Ten cuidado, si dices eso en según que foros te van a llamar neocon*”, me dijo recientemente un diputado amigo, cuando hablábamos de estas cosas. “*No -le contesté-. Hablo de exportar valores ahora que estamos a tiempo, no de imponerlos luego a cañonazos*”.

Por eso para mí es especialmente emocionante, que la Universitat de la Pau me haya invitado a hablar de Guatemala, desde mi aportación periodística a la Verdad. Ustedes están trabajando desde hace años en la misma dirección: hay que tender puentes. Puentes por los que no sólo debe pasar maquinaria pesada o componentes electrónicos: también debe transitar la política. No hablo de actitudes paternalistas, hablo de colaboraciones eficaces. De presencias cercanas, visibles, precisas. Ya es hora de que conflictos como el de Guatemala salgan de la sección de breves de los periódicos. No podemos esperar a que luego, cuando este país de mayoría indígena elija por primera vez un presidente o una presidente indígena, en lugar de valorar como se merece esa noticia histórica extraordinaria, nos dediquemos a hacer lo que hemos hecho en casos similares: criticar el color de su vestido.

Y una última reflexión, muy personal. Cuando me asomé al abismo pensaba que estas cosas no interesaban a nadie. Hoy veo que mi libro va por su tercera edición, que el parlamento aprueba una resolución motivada por ese libro, que un importante grupo audiovisual de Guatemala me propone hacer un documental, que a Luis le llueven las invitaciones para participar en foros intelectuales y lo han citado como testigo en la causa judicial; que el trabajo del juez Pedraz ha sido reconocido y premiado por profesionales de la comunicación. Veo ahora el interés que presta a este asunto la Universitat de la Pau. Presiento, sé, que compartimos unos valores como cimientos para construir una democracia. Estas cosas, en fin, interesan mucho más de lo que yo pensaba. En estos meses he visto además que mi trabajo no solo ha suscitado interés: ha suscitado afecto. Gracias. Gracias por incorporarme a su red de reflexiones pero gracias también, de corazón, por incorporarme a su red de afectos.